

EL CUERPO ENAMORADO DEL PLACER

Por:

SANTIAGO VALLEJO VILLA

Trabajo de grado como requisito para optar al título de Filósofo.

ASESOR: Víctor Raúl Jaramillo Restrepo

FUNDACION UNIVERSITARIA LUIS AMIGÓ

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

PROGRAMA DE FILOSOFÍA

MEDELLÍN

2010

Introducción

La historia común del pensamiento occidental ha estado enmarcada por un idealismo reinante que se ha preocupado por dar una concepción del mundo en términos que de un modo u otro, han determinado trayectos de perfección; es así como nuestro aprendizaje nos lleva a dejar de lado una de las primeras propuestas de la filosofía: el deleite de la vida como manera de establecerse en el mundo, a partir del hecho de cultivar los placeres máximos que respondan a un sentido vital. Desde esta perspectiva, se puede poner en escena de nuevo un aspecto que en muchas ocasiones la filosofía pierde de vista, y es lo que pueden proponer y provocar las sensaciones que construyen la manera de percibir el mundo por parte de los hombres; y a su vez, identificar las potencialidades del cuerpo a partir de el deseo, el goce y el deleite como categorías fundantes de una existencia individual que está marcada por el cuidado de sí.

Los continuos encuentros y desencuentros en el camino del pensamiento que han llevado la multiplicidad de filósofos, ha hecho de la filosofía una de las formas de dar respuesta a los aspectos que se encuentran más íntimamente ligados con el ser humano; por ello, de ningún modo es despreciable la idea que se puede obtener de algo que es nuestro: el cuerpo, aquel que suda, que siente dolor, excitación, placer. Todo esto partiendo desde una concepción de lo real, de aquello que está cercano a nosotros, a nuestro mundo exterior. Por tanto, es importante identificar que la única preocupación del hombre debe estar encaminada hacia lo que pueda develar en este mundo terrenal, que se le presenta como el accesible a su propia condición humana, desviando por completo los pensamientos que han sido engendrados por el cristianismo en razón a la posibilidad de crear un mundo del más allá que pueda ofrecerle la felicidad absoluta que no podrá lograr aquí por su carácter imperfecto y corruptible, por ser meramente mortal.

Lo anterior conlleva a darle un vuelco completo, o mejor dicho, otra mirada a ese pensamiento filosófico reinante; por ende, emerge la figura del filósofo francés Michel Onfray, el cual pretende otorgarle un valor y un sentido a los

planteamientos primarios hedonistas, pero obviamente, acercándolos desde nuestros múltiples acontecimientos actuales con su serio y argumentado fuego verbal, provocante, extremo y transformador. Este es un pensador que nos ha devuelto la esperanza a los que creíamos con fuerza imperiosa de que es necesario otra mirada en los acontecimientos filosóficos, tanto desde su postura de la contrahistoria, en la que rebate de manera magistral lo que la religión ha creado, sino también, desde la creación de una posibilidad que se convierta como paliativo de lo que en nuestros días se ha denominado a nuestra sociedad: como la más enferma y trastornada a lo largo de toda la historia de la humanidad. Ésta es una cosmovisión que se establece por medio de las sensaciones alimentadas por los únicos sucesos posibles: los del aquí y el ahora.

Como es bien sabido, las ideas no se fundamentan por sí mismas, ya que deben tener un recorrido sólido para hacerlas válidas y propias. Lo mismo ocurre con Michel Onfray, pues sus ideas las han rumiado y han hecho de su proyecto hedonista un camino acogedor para los que piensan en una filosofía real, encaminada hacia el hecho de bajarla de sus pretensiones idealistas y ponerla sobre el juego de la finitud. Basta ya de acercar la vida con las pretensiones cristianas que sólo han castrado nuestros deseos y pasiones inherentes, que se han preocupado más del mundo suprasensible del más allá y han olvidado éste que también se asemeja como válido. Basta de despreciar el cuerpo y señalarlo como la debilidad y el castigo más grande que nos envió ese ser superior, porque si hemos de morir será con la tranquilidad de que el tiempo que estuvimos en la tierra habrá sido para elogiarla y disfrutarla, para saber que este mundo no es el señalado valle de lágrimas que todo lo lastima y lo vuelve miserable. El canto de las aves, el júbilo del cielo resplandeciente cada mañana, el sonido del agua que refresca nuestra piel, la dulzura de la naturaleza que se presenta ante nuestros ojos es la razón más simple, pero al mismo tiempo la más poderosa por la cual surge la necesidad imperiosa de volver a rastrear una de las maneras que nos hace realmente vivir: el placer del cuerpo en todas las expresiones posibles, del disfrute de éste como fuente principal para alcanzar un estado de felicidad, que

indudablemente se presenta dentro de nuestra cotidianidad en el momento instantáneo de la existencia.

El cuerpo enamorado del placer

Este trabajo pretende mostrar los rastros de una filosofía que se quiere recuperar: la filosofía como forma de vida. En ese sentido, es muy apropiado dejarnos llevar por la voz de Michel Onfray, un filósofo francés que invita a revitalizar el ángulo muerto del placer, del goce, del hedonismo; aquel que se configuró bajo la égida de los epicúreos, que tuvo quizás su gran momento durante la antigüedad, y que Onfray trata de obrar en pro de esa idea hedonista que lo ha llevado a vislumbrar una perspectiva herida a lo largo de la historia.

Lo que se procura aquí no es propiciar solamente un recorrido histórico de las posibilidades que se han generado a lo largo de más de dos mil quinientos años de filosofía, sino establecer una crítica que esté fundamentada bajo el concepto de cuerpo como máquina deseante, el cual quiere girar en estallidos de goce continuo, y permitir una perspectiva diferente a la del idealismo, que ha categorizado a la filosofía durante mucho tiempo. Por tanto, es indudable poner como punto de partida el texto "Teoría del cuerpo enamorado: por una erótica solar", donde se pretende analizar desde un modo interpretativo, el planteamiento ideal del placer, del deseo y del goce, que el cristianismo y el platonismo han trazado durante todo este tiempo; sin embargo, se quiere evidenciar otro punto de vista -que es al que se apunta con más ímpetu- y es el placer corporal, en cuanto que debe haber una apropiación netamente desde lo terrenal y lo sensible para posibilitar su funcionamiento como máquina deseante y gozosa.

Desde una concepción metafórica-zoológica, Onfray va construyendo caminos de partida desde los cuales se comienzan a configurar las líneas de fuga de lo que será el placer en toda su extensión, tanto desde el ámbito ideal que se representa en la platija, el elefante monógamo y la abeja gregaria; y por otra parte, es el pez masturbador, el cerdo epicúreo y el erizo soltero las figuras que juegan a favor del deseo, del goce y del placer vivencial.

Es evidente que la filosofía siempre ha tenido un valor preponderante cuando trata de explicar los acontecimientos y los hechos del mundo desde un óptica conceptual; es por ello que el idealismo que se configuró a través de Platón, Hegel o Kant pudo dar solución a muchas preguntas, pero durante largo tiempo se ha convertido en una disciplina, la filosofía, que se ocupa de formular cantidades de problemas sin dejar respuestas suficientes a sus cuestionamientos, lo que ha llevado muy probablemente a dejar de lado una de las esencias fundamentales de lo que debe ser la filosofía: un modo, una manera de vivir. A partir de allí es pertinente rescatar lo que algunos pensadores clásicos, especialmente los griegos y los romanos, han dejado plasmados en sus textos.

Los sabios antiguos supieron conformar muy bien su vida y su pensamiento, donde su experiencia fue el fiel reflejo de sus acciones dentro del devenir cotidiano. Cada pensamiento que va y viene en dirección a una vida filosófica se convierte en una línea de fuerza que promueve una forma de seducción por la existencia, y si está establecida bajo el imperio de las virtudes del erotismo, del juego sensible donde se confluyen los cuerpos enamorados en su multiplicidad de goces, será allí el punto inicial para abarcar este camino que es largo y probablemente suscitará infinidad de sensaciones.

La propuesta de Epicuro se convierte en un punto importante de lo que se quiere, no obstante, hemos de rebasar esa concepción primera del hedonismo en tanto la fisiología de Epicuro solo sirvió para elaborar una teoría en la que se invita a disfrutar de los placeres de la mesa, del cuerpo, de esos placeres necesarios pero con la prudencia que debe acompañar cada acción de ese tipo, lo que conlleva a vivir en un ascetismo hedonista. Por ende, nuestra contemporaneidad nos muestra que las dinámicas del placer son completamente diferentes a las de aquel entonces. Ahora el fluir constante de las acciones nos invita a hacer lo mismo con nuestro cuerpo y llevarlo al límite de sus posibilidades para ponerlo dentro de una práctica cultural que lo involucre a la diversidad de ámbitos que la existencia nos ofrece.

La erótica solar que propone Onfray también condensa una especie de libertinaje, pero no de la manera vulgarizada con que se le ha nombrado, pues lo único que hace es pervertir su verdadero sentido. El libertinaje erótico-solar tiene como principal acción un hedonismo que “tome en cuenta la duración máxima del júbilo y el goce; una vida de a dos cuyo vínculo sea la pasión. Densidad, duración, emociones libres, sensaciones exacerbadas”¹ es decir, cuerpo al límite entregado a la pasión absoluta, al constante vaivén de los sonidos del éxtasis, a las luces del toque que construye realidades corporales. He ahí la vida y el entrelazamiento de emociones profundas que acompañan el sendero que nos hace olvidar la muerte por unos instantes, donde es posible acariciar la felicidad ansiada, y donde la eternidad encuentra un lugar en lo terrenal.

El principio de la dualidad zoológica

Como bien se sabe, el amor de Platón mostrado en el banquete se va estableciendo a través de la figura mítica del andrógino, un ser que siempre va en búsqueda de su mitad perdida para poder alcanzar la completud que ansía como alternativa para lograr la perfección. ¿Pero perfección de qué o para qué? la vida a cada instante nos muestra que cuando permanecemos en un ideal, y éste se rompe, el dolor es desgarrador; no hay que buscar nada de perfección porque se convierte en una constante tortura sin salida, sin respuesta. La perfección es la palabra vil para el que vive de ilusiones, pues sus deseos se convierten en dolores y en angustias prolongadas que le permiten vivir conforme a un hipotético futuro del que aún nada se sabe ni se sabrá, porque sólo es posible vislumbrar las alternativas del aquí y el ahora.

La perfección nunca ha jugado con el acontecimiento, con la experiencia que es la suprema maestra de la existencia. La filosofía es vida y, por tanto, hemos de acogerla como tal con su grito que nos llama a hacerle compañía con el firme propósito de bajar nuestra mirada y saber que sobre esta tierra se encuentra nuestra voluntad de vivir para hacer de cada instante un goce perpetuo; que nuestro cuerpo sepa que desea en plenitud conforme a las maravillas de lo que le

¹ ONFRAY, Michel. *El deseo de ser un volcán*. Buenos Aires: perfil libros.1999 p.146

rodea, donde las sensaciones se conviertan en pináculo central de esas eternidades instantáneas en las que sólo se buscan oportunidades para alegrarse. Hay que dejar de amar los modelos y mejor, amar la vida filosófica que está plagada de miradas, de encuentros y desencuentros en las alternativas existenciales del goce, transportador de múltiples realidades.

Frente a lo anterior se encuentran la platija filosófica que se consagra a la falta y el pez masturbador que aboga por el exceso. Dos miradas opuestas de una misma realidad corporal que permiten evidenciar un plano ideal y otro vivencial. La primera realidad es la búsqueda del goce del otro más que del propio porque es a través de ese otro la manera en como el deseo va tomando forma, es el amor de dos almas que cuando se encuentran van de la mano y nunca quieren separarse para hacer de su vida un encuentro interminable, inacabable; una ilusión que se reconoce en un estado de unión corporal traducida a la más “alta” expresión gozosa, tomando al cuerpo simplemente como mecanismo para alcanzar lo que verdaderamente es el amor: un encuentro espiritual.

El ideal platónico perfecto ha acabado con las disposiciones gozosas, lúdicas y libertarias que debemos gobernar, “la dureza del ascetismo platónico cristianizado engendra y genera numerosos sufrimientos, dolores, penas y frustraciones [...] los dos milenios cristianos no han producido más que odio a la vida y la incrustación de la existencia en la renuncia, la compostura, la moderación, la prudencia, la reserva y la sospecha generalizada con respecto al otro”².

Circularidad amorosa que se encierra en sí misma, que vuelve y retoma el mismo lugar de siempre y se estanca en un solo punto. Cuerpo inmóvil, encerrado, atrapado, alejado de su potencia de existir borrando su multiplicidad de placeres. Es la vida ensombrecida la que acontece, lúgubre, extraña y oscura que declina ante la idea suprasensible de las almas. Es la gesta ganadora de Thánatos sobre Eros que nos conduce a un camino determinado, señalado. Es el destino construido con antelación sin que podamos modificarlo con nuestras acciones. No

² ONFRAY, Michel. *Teoría del cuerpo enamorado*: por una erótica solar. Valencia:pre-textos.2002 p.69

hay arquitectura del deseo, de la pasión, del desborde, solamente existe un otro perfecto que al final no seré yo, ni será él, ni será nadie.

El deseo profundo de castigar el cuerpo es la consigna platónica por excelencia, todo lo que represente un juego de carne y piel debe ser destrozado por su carácter corruptible. Es una condena que permanece de forma infinita cuando se emprende el camino de buscar al otro ser que vagabundea en el laberinto de las ilusiones. Sólo son sombras y máscaras que encubren su verdadero rostro para permanecer en la idea, en esa esfera de la perfección que pronto revienta al contacto con la tierra y genera el estallido de la desazón, de la daga que se incrusta en el cuerpo adolorido y se estremece ante semejante apariencia. La dialéctica de las formas, de los cuerpos perfectos que la mente construye sólo son deformidades cuando se comienza a establecer encuentros con el mundo, donde de una vez por todas es la verdad que alumbra, que puede cegar, pero al mismo tiempo es la que nos brinda la seguridad de *lo que es*. En la cotidianidad se encuentran las esencias de los cuerpos que quieren gozar, vivir y sentir el placer máximo que su piel les provee.

La aspiración del encuentro con el otro ha sido la esperanza amorosa que ha llevado a Occidente a permanecer en el ámbito de la conquista, de la espera, de la prudencia. Todo ello provoca el doble filo de la incertidumbre: afirmación o negación de lo que se es porque es la sensación del otro -o de la otra- lo que devela el acercamiento de las almas con el único y último fin de no separarse nunca. Se recrea una idea posible que permite acercarse y configurar una perfección que pretende ir más allá de la carne y bordear el alma, el infinito. De allí se genera la falta como promotora de nuestro trasegar libidinal, buscando lo que nadie dijo que se nos había perdido. Es un camino de tinieblas y de realidades fantasiosas que no auguran una meta feliz, porque lo que se ofrece son más senderos sin término y búsquedas infructuosas que desencadenan una verdadera condena.

Al lanzar la moneda al aire de nuevo, aparece una figura zoológica que se mueve con gran despliegue dentro de las aguas del placer: el pez masturbador que llega

a incitarnos con su exceso como posibilidad de apertura hacia una provocación corporal. Se recrea una dinámica que fija su orden plenamente en las estructuras de lo visible, lo tangible, y es por ello que se devela una energía sexual que se legitima a partir del goce de los cuerpos, de las carnes en toda su plenitud. Son sensaciones traviesas que juegan bajo el límite libidinal de la pasión. Es ahora el exceso el que gobierna los movimientos con su pretendido derrame seminal para ahondar en las profundidades del placer solitario, encontrando su punto más álgido en la descarga líquida que provee un despliegue catártico, transfigurándose en placer y deseo constante. Una soledad que quiere la ligereza amorosa en pro de una virtud hedonista que lo único que quiere es rebasarse y encontrar líneas de fuga para la ampliación de su goce.

“Cada cuerpo mantiene desesperadamente su forma, su complexión, esencialmente inalteradas. En el deseo excitado y el placer exacerbado, cada cual experimenta el éxtasis autista y la voluptuosidad solipsista, radicalmente ajeno a las emociones del otro, que le conciernen sólo por las satisfacciones egoístas y narcisistas que le procuran”³; es decir, cuerpo gozoso para sí mismo en las dinámicas individuales del placer, en el deseo desbordante que quiere gozar plenamente en soledad y sentir la libertad que sustancialmente puede encontrar a través del cuerpo, de su conciencia de sujeto plagado de libido gozosa. Es la reafirmación de que con el otro se produce un encuentro de placeres disímiles, pues cada cual reconoce sus potencialidades de existir.

El instante de la completud es totalmente inexistente, pero es la posibilidad para el movimiento donde se recrea un juego seductor en el que se exalte la capacidad de la satisfacción íntima; una voluptuosidad libre encaminada hacia la reconciliación con la vida en su multiplicidad de alternativas de goce y, a su vez, en el descubrimiento del cuerpo como posibilidad de vislumbrar una sexualidad libre de toda obligación y se convierta en un fin en sí mismo. El único propósito necesario es el júbilo de la consumación y del exceso como actividad lúdica que permita una contraposición frente al sexo culpabilizador que ha creado el

³ Ibíd. P.95

cristianismo desde hace veinte siglos. Es el momento de abordar las libidos gozosas con la libertad de la mirada apasionante, indirecta, deliberada, vivaz y salvaje que eternice el instante y por supuesto, provoque el fuego llameante de la pasión íntima de cada individuo, de cada cuerpo.

El carnaval de los cuerpos que deambulan en la búsqueda de su placer es el punto de iniciación donde se revela el erotismo vivo, capaz de provocar el éxtasis extremo, la locura libidinal que está presente en cada cuerpo. Acompañados de la danza de la atracción por el otro vamos conformando una escultura de sí que perviva en la imagen mágica del tiempo presente, aquel del que disponemos para gozar y disfrutar cada instante en el péndulo de la compañía y la soledad: con el otro nos deleitamos y a solas igual, pero es con nuestra propia intimidad con la que tocamos el borde del hedonismo; sólo la individualidad puede reconocer el verdadero significado que representa el goce, los ascensos máximos de la voluptuosidad, el agite del toque que traza las líneas de la fugacidad pasional. Es allí donde se ve representada la contemplación de la existencia en su forma más lúdica y, a la vez, más profunda.

Todos esos rastros de perpetuidad libidinal son los que provoca este pez masturbador que deambula por las aguas cristalinas del cosmos del goce para sí mismo, con la velocidad y la agilidad que es tan propia de nuestros tiempos. Este animal juega y se divierte, sabe por dónde moverse e inclinarse descargando todo su poder para alcanzar la satisfacción suprema, y al mismo tiempo nos brinda la alternativa de reconocer que es posible gozar y hacer gozar en medio del carácter intrínseco que es tan propio de aquellos que se alegran en sí mismos y para sí mismos.

En medio de esta selva espesa donde cada animal logra expresarse, aparece la hiena con su risa maliciosa para celebrar los malabares del animal acuático onanista. Aquella carroñera también posee la característica del vicio placentero, de la multiplicación de la sexualidad y la lubricidad, sobre todo en los dulces cielos negros que acompañan su constante deambular por la inmundicia y la porquería propias de su condición. Con su pícara carcajada, las hienas nos hacen recordar a

un Demócrito en las mismas condiciones: ríe por aquellos que aún vislumbran la opción del amor como condición de posibilidad para estar junto a alguien, cuando solamente es necesario la afinidad de aquellos cuerpos que con unas cuantas miradas pueden elaborar una cartografía de la atracción para dibujar hasta el más mínimo detalle las líneas de la excitación y el goce.

La tierra tiembla y se escuchan fuertes sonidos por el paso de una manada de elefantes que aparecen en escena. Todos juntos sin desligarse en ningún instante. Buscan un lago donde refrescarse para continuar con la pureza que es tan característica de ellos porque su instinto sexual está determinado por la inocencia del cuerpo que no quiere ser visto, el alejamiento de las miradas señaladoras que quedarán marcadas en su vasta memoria por el resto de sus días. Sólo su carácter libidinal le permite establecer una unión con su par, de manera que pueda encontrarse una abnegación por la monogamia, por la fidelidad, por el puro placer de la reproducción, que se ven igualmente representados en un amor conyugal y una esfera paternal que resignifica el ideal del cristianismo por tantos siglos. Si hay una veneración por la vaca en Oriente, Occidente debería adorar y contemplar con más ahínco la figura del elefante, dueño de aquella virtud para la que de una u otra forma hemos sido enseñados: aprender a ser fieles con una sola persona.

Lo anterior demuestra el ideal ascético para los cuerpos sexuados que no pueden divagar con sus múltiples sensaciones en diferentes carnes porque su conciencia los condenará al fuego eterno del pecado; por ello, la castración, la renuncia, el rechazo, la reprimenda para exterminar todo asomo de placer y deseo, cosa que sí es verdaderamente innata en el hombre, y al mismo tiempo real, no una simple copia de *lo que es*, como diría incansablemente Platón en sus variados diálogos, donde lo único que importa es el mundo de arriba, el suprasensible, el que cercena toda posibilidad por disfrutar del presente, del aquí y el ahora. El idealismo reinante en esta veintena de siglos declara día tras día sus acciones de odio en contra de la vida, gracias a la insistencia de perpetuar a un Dios que se asemeja como castigador, señalador, vigilante hasta de las más mínimas e íntimas

realizaciones humanas, con el firme propósito de aplacar nuestras ansias de explorar otros caminos libidinales.

La curiosidad es quizás la impulsadora de nuestra condena eterna, porque tal y como se evidencia en los pasajes del Génesis, el ávido interés de Eva por disfrutar de ese árbol del conocimiento que se había plantado en medio del jardín del Edén, aquel jardín que como nos lo recuerda la etimología hebrea significa placeres o delicias. Ella genera la expulsión de ese lugar por querer disfrutar de otra cosa e incitar al hombre a gozar de esa otra cosa, de esa manzana que alumbraba el conocimiento y nos somete a la búsqueda incesante de querer conocer otros caminos, otras verdades, no aquella realidad que se optó como la única posible. Es Eva la maldita que nos ha llevado por el camino más corruptible y ha roto la esfera de la perfección eterna, y por ello, es la generadora de la misoginia religiosa que condena y aplasta a ese denominado sexo débil, pero que al mismo tiempo nos quita la venda de los ojos y nos hace partícipes de ese mundo que hemos de descubrir y disfrutar placenteramente.

Es de algún modo irónico comprender que ese lugar obedece a los placeres, en tanto que es imposible tratar de expresar el goce máximo con solamente una persona por el resto de la vida, bajo una misma tierra que posiblemente pudiese ser rica en vegetación y poblada de animales maravillosos, donde aflora la inmortalidad porque se ignora la muerte; pero es al mismo tiempo el lugar donde se empieza a plasmar la mirada de Dios en la forma en que debemos comportarnos. Vivir relacionados con una sola persona por el resto de la vida es la simbolización más terrible que pudo haber creado la religión tanto en el monoteísmo judío como consiguientemente el cristianismo; por ello es importante seguir las palabras del libertino y continuar paso a paso las indicaciones del libertinaje solar: duración, densidad, sensaciones y emociones libres, desborde de los deseos que se conjugan en la existencia de dos cuerpos vinculados a la pasión absoluta donde el movimiento y las miradas conserven un mismo objetivo, un mismo lugar para la seducción. Allí está la clave simple pero efectiva para lograr una línea de fuga frente al ascetismo religioso, específicamente cristiano que,

asemejándose a la concepción de Foucault, pone nuestros cuerpos como débiles e incapaces⁴.

Las mujeres son nuestra salvación eterna y no como lo quiere hacer ver la religión en sus distintas versiones alrededor del mundo. Castigarlas a ellas con la lapidación por no seguir consecuentemente los preceptos, las obligaciones o los cánones no es ocasión para rechazarlas o perseguirlas, así como tampoco otorgarles una categoría de vasallaje y obediencia perpetua donde se les castiga cualquier anormalidad. El único pecado, y buen pecado por cierto, fue lanzarnos a toda la humanidad para comer del fruto del placer y del conocimiento, un par de manjares dignos por excelencia; sin embargo, aparece la figura de Pablo de Tarso quien a través de la misoginia, el cuerpo culpable y concupiscente, la culpa de las mujeres por habernos sacado del jardín perfecto y encantado para arrojarnos a esta existencia pecaminosa –y por cierto, cargada de una extrema y tremenda doble moral- se conforma la estructura ideológica Paulina.

La referencia que hace el hombre de Tarso frente a la corporalidad es totalmente odiosa, resentida y rencorosa, inclusive tiene la osadía de referirse al cuerpo como un cadáver donde se impide absolutamente una apropiación del mundo por medio de los sentidos, donde sólo se permite estrictamente lo necesario para la recuperación de las fuerzas; en otras palabras, que hay solamente el deseo de calmar el hambre, la sed y el sueño para celebrar posteriormente la existencia de Dios en la eternidad, en esa esfera suprasensible que permite la entrada del espíritu como única entidad pura. Por tanto, el placer sexual queda sumido bajo la inscripción del matrimonio como única posibilidad de disfrute carnal. Es allí donde se encierran todos los deseos, las delicias del cuerpo que se degusta como un lujoso banquete, pero a la sombra de Pablo de Tarso, sólo se visualiza una tiniebla que inclina a apagar la luz de la alcoba, y por ende la luz llameante de la pasión.

Nada de fornicación por fuera de ese nombre institucional, el matrimonio, nada de albergar a prostitutas, tal y como lo recuerda la palabra *fornices* en su etimología

⁴ FOUCAULT, Michel. Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. México: siglo XXI.1974

latina. El placer debe concatenar tres variables a la luz de la visión cristiana del mundo: contención, reducción y aniquilación por los siglos de los siglos...

Despreciar la carne es la virtud religiosa por excelencia en la concepción de Pablo de Tarso, porque hay una purificación de ese cuerpo perecedero, corruptible, cargado de pasiones bajas que enferman el alma, aquella entidad que nos acerca a la diestra del Padre eterno, a la divinidad y trascendencia absolutas. Las dinámicas del placer platónico se asemejan a las ideas de Pablo de Tarso, de quien los sabios griegos se burlan en el ágora, especialmente estoicos y epicúreos, al anunciar la resurrección de la carne y la vida eterna. Dialéctica del terror, del castigo, del miedo, de la miseria humana que no es capaz de valerse por sí misma y tiene que seguir encerrada y anclada al rebaño del pastor, del padre celestial que cuida de sus criaturas para que no se descarrilen por los senderos que descienden al fuego eterno del infierno y arder en las profundidades del azufre; aquel infierno donde seguramente encontraremos las pasiones vanas, las voluptuosidades engañosas, por eso hemos de redimir al amo, al conductor de nuestra alma pura una y otra vez para que nos lleve por el camino de la santidad, pero también por otro camino: el de la renuncia al mundo de la vida.

Conforme va pasando el tiempo, aparece otra figura que es trascendental dentro de la confección de la escultura religiosa cristiana, ese es San Agustín, un padre de la iglesia que ve en la sexualidad una sola vía y es la de la procreación en tanto el matrimonio posibilita la mezcla del deseo y su final más feliz que es la reproducción. De igual forma, la visión de Agustín acerca del matrimonio le permite afirmar que esa unión es un contrato como voluntad de fidelidad eterna, en cuanto duración y reiteración de lo que debe ser el amor puro, una monogamia excelsa. Por tanto, de allí deviene el deber, la sumisión y el castigo que le ha sido otorgado a la mujer por la desafiante curiosidad de Eva al salir de ese paraíso donde lo tenía todo, donde no faltaba nada, a excepción de lo que en muchos corazones de los hombres habita silenciosamente: un deseo de volar, un deseo de libertad.

He allí la estructuración religioso-erótica de Occidente, un reinado del daño a lo que es íntimamente nuestro, al apoderamiento del cuerpo como centro de poder, un poder en tanto goce y placer de lo que puede reivindicar la vida siempre y en cualquier lugar, de saber que esta existencia no puede estar plagada por la quietud ni el ascetismo, sino que debe catapultar y revitalizar los verdaderos ángulos que conforman la vida filosófica en la cotidianidad, un cuerpo que debe explorar cada punto, cada línea, cada detalle, así como lo hizo Julien Offroy de la Mettrie, un filósofo libertino que encuentra en lo más mínimo lo más mágico y esencial “¿Qué pueden los cuerpos, fuera del amor? Pueden disfrutar a través de todos los sentidos. Así, La Mettrie hace el elogio de la música, de la ópera, de los que bailan y cantan en escena. Luego, de los placeres de la mesa, siempre que se encuentren alegres acompañantes, cultos, finos, cuya conversación sea agradable y cuya proximidad resulte encantadora. También propone el espectáculo del mundo como ocasión de voluptuosidad: la naturaleza que se despierta, la belleza de los paisajes, las transformaciones de la luz a lo largo del día, la variación de las estaciones, el espectáculo de la bóveda celeste estrellada. En todos los casos, vivir es buscar oportunidades de alegrarse, es querer gozar”⁵.

En la variedad de metáforas zoológicas que han tratado de develar las condiciones pulsionales y sexuales, aparece la figura del cerdo como categorización suprema de lo que el cristianismo señala en cuanto a las sensaciones y voluptuosidades más bajas, acercándolos a la inmundicia, la porquería, el fango, el hedor que repele y aleja. Inclusive los sabios doctores de la Iglesia en la Edad Media reconocían varias características de semejanza entre el hombre y este animal: miedo a los ruidos extraños, a la noche que oscurece los caminos y a la muerte. Del mismo modo, se gesta una representación que reconoce en los cerdos la gula, la pereza, la glotonería, la voracidad, la lujuria, la sexualidad desbordada y continua, con su miembro en espiral al copular permanentemente.

⁵ Op. Cit. p.194

Lo anterior es la concatenación de que entre el fango, el lodo y la inmundicia se encuentra lo terreno, lo vital, el olvido de la trascendencia como tal. Nada de mirar hacia arriba, nada de dejarse deslumbrar por ese cielo que cambia de color y se vuelve negro, aquel color que espanta y hace temer. Es la oscuridad la que emparenta al hombre con el cerdo en tanto cada uno vislumbra su existencia como angustiosa y ve en la noche la posibilidad de exhalar el último suspiro vital. Es ese miedo visceral que los pone en una situación de tremendo terror. El cerdo se convierte en la compañía de los que poseen una existencia sufrida o dolorosa tal y como se identifica a Epicuro, ya que dada su condición enferma y débil, fundamenta su teoría hedonista en términos de un ascetismo que sólo permite adquirir los placeres más tranquilos y serenos para alcanzar lo que él llama la imperturbabilidad del alma, o en otros términos, la *ataraxia*.

Aquel animal rosado y asemejado a la doctrina epicúrea, que en ciertos pasajes de la historia filosófica es señalado como lo más bajo y vil, dicho por filósofos de aquellas épocas como Heráclito, Demócrito y poetas como Plotino: *el cerdo es la viva imagen de la impureza*. Tal vez por ello Platón, el filósofo puro e ideal, trata de darle cabida al cerdo solamente a través de su teoría de la Metempsicosis en tanto aquellas personas que se olvidaron de lo más importante, es decir, de la inteligencia y del alma y se preocuparon simplemente por la saciedad de su cuerpo, su cabeza no tendrá más remedio que dirigir su mirada hacia el suelo, hacia ese terreno donde se encuentra lo más semejante al cerdo: la porquería y la inmundicia. Su cuerpo pesado y su estupidez sólo le alcanza para moverse entre lo más cercano, lo más terrenal. He allí el ícono zoológico de lo que es la contraposición a la idea perfecta del mundo platónico, donde las ideas y los conceptos son como estrellas que brillan eternamente.

Pobre cerdo estúpido y carente de inteligencia, dirá cualquier platónico que todavía crea en las posibilidades de la idea como bien supremo de conocimiento, pero también podrá argumentar cualquier cerdo o individuo que crea firmemente en las potencialidades del vivir: este es mi cuerpo que será perfecto en todos los

ámbitos de lo terreno, de lo sensible, de lo placentero y gozoso que es existir a cada instante.

Quizás esa apreciación anterior se le puede denominar a Horacio, el poeta latino que aprendió del Epicureísmo, pero no propiamente del de Epicuro, sino del de Filodemo de Gádara, aquel que según Michel Onfray era “el autor de libros sobre música y poesía, el escritor de epigramas ligeros, así como el signatario de un tratado sobre la muerte que pone en relación íntima y consecuente lo trágico de la entropía, los efectos del tiempo y la necesidad de una existencia densa, llena, lujuriosa y tornasolada”⁶. Esta disposición epicúrea de Filodemo tan rígida es abandonada de cierta manera por Horacio, ya que su disposición vital se fundamentará más adelante en dos puntos centrales que son una ética de la cura de sí y el ocio que permitirá la conformación de otra estructura gozosa, el libertinaje solar.

¿Qué es el libertinaje solar? Como ya lo hemos evidenciado con anterioridad, ese libertinaje se refiere a la posibilidad de perpetuar la multiplicidad de sensaciones libidinales, gozosas y libres que experimentan los cuerpos, es desatar toda la furia pulsional que se encuentra en cada uno para proveer el estallido de la magia erótica, para crear y re-crear el cuerpo del otro a nuestra imagen y semejanza, pues como ya quedó demostrado con anterioridad, el goce y la pasión se convierten en elementos fundamentales para que cada cual, con su cuerpo, pueda acercarse al otro y se establezca una sensación de satisfacción y plenitud que sólo es posible para sí mismo, tratando de convocar una vida que se asemeje a la inmortalidad, al hecho de olvidar por un instante que somos seres finitos, a través del movimiento y la energía que exhalan los cuerpos, los juegos de miradas que desatan la pasión absoluta y las caricias que hacen que la vida se convierta en el epicentro de lo más puro y lo más excelso.

Esta apreciación reivindica y le da más valor a la sentencia Horaciana por excelencia, el *carpe diem*, el hecho de disfrutar del presente, de hacer y decidir lo más conveniente para cada uno, tratando eso sí, de encontrar el mayor placer

⁶ Op. Cit. P.145

posible a cada acción que se realice. Es el aquí y el ahora el único momento que cuenta en su materialidad y totalidad, pues la nostalgia del pasado no es muy apetecible y el futuro será siempre incierto para poder develarlo; inclusive para poder pensar en la posibilidad de que exista un mundo más allá que nos entregue toda la tranquilidad y la calma que éste nos ofrece, así sea en pequeños instantes porque el futuro agobia, es el vislumbrarse allí sin estar allí, es arrojarnos con nuestra imaginación a lo desconocido, lo extraño, lo frágil de la finitud de la vida, es tener en nuestra mente de forma continua la sensación de nuestra mortalidad que a veces es tan inconsistente y débil, es creer en las agonías del fuego eterno que pulveriza todo nuestro cuerpo henchido de libidinosidad y gozo.

Esculpir la existencia es la verdadera labor de cada individuo que cree en ese *carpe diem* del poeta latino, en tanto posibilidad de establecerse en las piedras angulares del libertinaje solar para convertir el cuerpo en un cuerpo enamorado, ese que ansía a cada momento descubrir sus potencialidades de existir, de vivir, de estar en el mundo. No es solamente ese cuerpo enamorado que se devela en el juego sensual y sexual de los cuerpos, sino ese cuerpo enamorado de la vida en su totalidad, con sus dinámicas que permiten una construcción de sí mismo, centrado quizás en lo que Horacio denomina como un *Eros ligero* que permite ir de aquí para allá sin llevar a cuestas ningún tipo de carga pesada. Es mi libertad y la libertad del otro las que están en juego, es la autonomía de cada cual la que se pone como punto de equilibrio para viajar a otras zonas, otros paisajes para contemplar y admirar.

Es el *Eros veloz* el que permite el máximo despliegue y la sexualidad desculpabilizada produce la lúdica más recreativa para aprovechar la carne gozosa y rechazar la carga pesada del otro que exige respuestas e inmoviliza nuestra voluntad. Atarse a las cadenas del otro implica tener la mirada muchas veces puesta en el futuro como si esa persona fuese a concatenar todas nuestras energías vitales, todas nuestras aspiraciones existenciales; por ello, es importante reconocer que lo más provechoso para nuestra vida en la tierra, esa vida finita que sólo se logra experimentar por un momento, es disfrutarla, porque llegará el

momento en el que el tiempo nos tragará y nos arrojará a las profundidades del sueño eterno, porque solamente en eso se convertirá nuestro futuro, en un no-despertar que se prolongará, ahí sí, por toda la eternidad, pero eso sí, una eternidad temporal y no suprasensible, tal y como lo imaginan los cristianos que fueron adoctrinados por las creencias de San Pablo, aquel al que nos hemos referido en páginas anteriores.

Otro poeta latino, en este caso Ovidio, también nos enseña con sus textos las opciones para alcanzar ese estado de Eros ligero. En su *Arte de amar* se representa de forma contundente una particularidad que debe acompañar al individuo que quiera obtener un poco del perfume y la esencia del libertino: es la cuestión de ceder, porque según Ovidio, los sentimientos y las expresiones de ternura y caricia no son ni útiles ni necesarias porque de una u otra manera éstas se convierten en una red y posteriormente en una carga que aprisiona el carácter libertario, y a su vez, el hecho de amar no implica una sexualidad, o pretender procrear, y ni siquiera embarcarnos en las ataduras del matrimonio; porque allí en ese acto que involucra *amar* se encuentra la ternura que puede erigirse como palanca de Arquímedes para movilizar el terreno del eros, de la sensualidad, del toque, del deseo, de la caricia, de la exploración sensible que permite crear y re-crear ese cuerpo que se ama, que se degusta y se devela como magnánimo ante la contemplación de nuestros ojos: carne viva, placer máximo, goce perpetuo.

Estas palabras significan la sensación de convertir al tiempo en algo que no sigue su curso normal, es detenerlo y saber que somos libres de controlarlo, de hacer con él lo que queramos. Nos convertimos en máquinas deseantes que fluctúan por el devenir de la existencia con el único propósito de disfrutarla y hacerla nuestra. Es deleitarnos con lo que nos rodea, lo que tenemos al frente y lo contemplamos como nuestro, como algo propio, es alejarse de la fantasía de la idea y de la perfección y tratar de observar y darnos cuenta de lo otro, de eso que se corrompe y desvirtúa, de esa esencia humana que se vislumbra como la más real, y al mismo tiempo, la que permite brindar un significado de satisfacción en la acción que se gesta aquí y ahora.

Ovidio rechaza de manera tajante toda consideración que lleve a recrear las historias que se nutren de simples realidades superfluas e ideales, de esas fábulas que le han permitido al hombre soñar y alejarse de su realidad, de su cercanía con lo más directo. Nunca fue partidario de la cuestión de establecer vínculos con un arte amatorio que incurriera en opciones ficticias y mágicas. Para él lo único que cuenta es un deseo nómada que abunde en el interior de cada hombre, y de esta manera llegar a conocer lo que verdaderamente implica el amor y el hecho de amar: una provocación extática que se produce cuando experimentamos el amor en la realidad más pura, en el devenir, en la lúdica, en el juego de las miradas incandescentes y deseosas de pasión, de lujuria, de estallido libidinal.

Lo que Ovidio no concibe es lo que hiere, lo que se transforma como puñal del dolor, pues el sueño y la fantasía no conllevan a lo dulce del amor en tanto esas historias nos llevan a crear mundos ficticios, figuras perfectas que cuando se chocan con las circunstancias del acontecer cotidiano se derrumban como un castillo de naipes; es el soplo de la realidad el que nos despierta de esa danza delirante y sombría, porque al abrir nuestros ojos se desvanece lo perfecto, lo inquebrantable, la felicidad absoluta -si es que amar a alguien se convierte en un estado de plenitud-, porque como bien sabemos, la felicidad sólo es el dibujo y la sensación que se revela como instantáneo, fugaz, y no como el hecho de dirigir toda nuestra vida hacia algo que como fin último es imposible que exista, porque significar la felicidad como el último de los peldaños de la escala humana es como decir que el amor platónico se encontrará a la vuelta de la esquina esperando a que podamos abalanzarnos en sus brazos tiernos y dulces.

Tras esta aproximación amorosa podremos afirmar que la concepción del amor en sí misma pierde su validez, en cuanto que es necesario el deseo del placer. Sin ese elemento no habría absolutamente nada, porque ese deseo se vislumbra como la realidad palpable y visible, aquella que recorreremos, sentiremos, con la que ponemos en juego todas nuestras potencialidades y movimientos. El deseo se convierte en energía vital que nunca se agota y que siempre ponemos como punto

de partida para que todo lo que nos rodea se convierta en lo más excelso y lo más maravilloso.

Ovidio también afirma otro elemento importante en la construcción de ese libertinaje solar y es la seducción. Si le aplicamos la etimología a dicha palabra, la seducción se establece como un desviarse del camino, conducirse bajo otra direccionalidad de una forma solitaria y apartada. La propuesta de Ovidio modifica la esencialidad de la palabra y allí emerge un nuevo significado que tendrá como objetivo, no una dominación y poderío sobre el otro, sino una alternativa que se dirija como encuentro a dúo, es un cuidado del otro, es un cuidado del hombre con la mujer y viceversa. Por tanto, para la consecución de ese anhelado cuidado del otro, se debe emplear una ética centrada en el deseo, en cuanto que es el propio deseo el que nos invita a configurar nuestra propia identidad, a llegar a ser lo que queremos ser y a desalojar toda idea castradora que implique cercenar nuestra voluntad de vivir y desear.

Cuidar del otro debe llevar consigo una dinámica de la dulzura, otro elemento fundamental en la construcción libertina y gozosa de la disposición sensual. Esa dulzura a su vez debe ir acompañada de ternura, atención, entrega y paciencia para que las manifestaciones gozosas, sensuales y sexuales se conviertan en una prolongación vital del deseo y los juegos amorosos sean variados para que las caricias y los besos puedan culminar en un punto álgido. Esta determinación tratará de ayudar a comprender que es propicio extender el placer, excitarlo y explotar en el momento justo, ni demasiado tarde pero tampoco demasiado temprano.

El dulce palpar de los cuerpos, de las palabras dichas en el momento adecuado pueden proveer una tremenda satisfacción mutua. Es el descubrir las zonas que se gestan como erógenas para probar allí la ternura y la dulzura del toque, del baile de los dedos que se identifica con el roce de la piel. La temperatura cálida que se encarna en el cuerpo es la sensación de que estamos vivos, es la celebración de la voluptuosidad ansiada que el cuerpo quiere transmitir. Todo lo inmanente permanece allí, todo lo eterno se encuentra en ese cuerpo perfecto que

recubre todo nuestro deseo y se entrega a la pasión absoluta. Tanto hombre como mujer deben experimentar el mismo éxtasis porque en ese contrato de libertinaje solar la igualdad sensual y sexual existe, y el disfrute del cuerpo en todas sus posibilidades debe emerger como un don preciado, un don que sólo se halla en este mundo terrenal.

Hablar de autonomía remite inmediatamente a todas las características que se han enunciado aquí, frente a las disposiciones libres que pueden experimentar los cuerpos en su magnitud; sin embargo, también se hace evidente tratar de formular lo que sucede con las disposiciones que se encuentran aprisionadas en el individuo. Para ello, el propio Onfray utiliza la figura de la abeja como animal perfecto que obedece a las leyes y a las normas establecidas dentro del cosmos. Es la trabajadora incansable que no se moviliza más allá de su territorio preestablecido, tratando de ordenar y conducir todo a una medida estable que en ningún momento produzca un desbalance de lo que se tiene, porque es la moderación la característica fundamental de su quehacer.

En la abeja no se encuentra bajo ninguna circunstancia la categorización de innovación, de creación, de autonomía, porque sólo se devela allí un estado de sumisión y sometimiento absolutos. Es pasar de un estado de plena libertad individual a un acatamiento de las leyes y una humillación que sobrepasa de lo particular al orden de lo general. La invención para desarrollar una existencia libre y provechosa desaparece por completo. La única posibilidad que se puede establecer desde la figura de la abeja corresponde evidentemente al hecho de la formación y la virtud en el orden de la justicia y la vida en comunidad, porque de allí nace la idea del establecimiento de la familia como primer constructo arquitectónico de sociedad.

Esta categorización se ha mantenido a lo largo de la historia de la humanidad, en las diferentes culturas y las diversas civilizaciones desde la antigüedad hasta nuestros días porque se concatena la unión, el trabajo incansable y obediente, es el encontrar sentido solamente desde esa construcción que nos han fabricado desde antaño y que ha hecho que la humanidad se conforme como un sistema

ordenado y que acaba con las singularidades y particularidades tanto masculinas como femeninas para volverlas todas en un colectivo.

La familia se establece como la máxima expresión ideal de lo que debe ser una organización virtuosa, fiel y pura, particularmente desde lo que exige obediencia, imperativo categórico de la vida en sociedad, porque sin la familia, esa que se erige como control del individuo y que tiene como una de sus finalidades la procreación y descendencia de la especie, al mismo tiempo lo único que hace es limitar las posibilidades de conocimiento del mundo, porque al haber hijos de por medio la responsabilidad se acrecienta en cuanto ya no es una responsabilidad para consigo mismo sino una responsabilidad que en primer término debe ser compartida, y que si bien puede generar múltiples satisfacciones, también establece múltiples cargas.

La abeja se convierte en la metáfora predilecta para aquellos que han visto a la mujer a lo largo de todos los tiempos como la que aspira simple y llanamente a la obtención de un hogar, de una familia, para procrear y sentirse completamente satisfecha, completamente mujer. Es muy probable que cualquiera pueda decir que estamos en el siglo XXI y que las dinámicas de participación de la mujer en la vida en sociedad y sus aspiraciones se han ampliado de forma considerable, pero no está de más recordar que una buena cantidad de mujeres todavía sueñan con ser madres y esposas modelo, modelo de ese ideal virtuoso que es capaz de darlo todo por sus hijos y su esposo, pero que desafortunadamente nunca tuvo tiempo para pensar en ella misma y pasó toda su existencia de manera obediente otorgando todo de sí hacia los demás, cuando en definitiva esa mujer todavía conservaba el ideal de hogar efectuado por sus padres para alcanzar, en ese lugar lejano, la perfección de lo que debe ser una vida verdadera y virtuosa.

¿Y qué decir del hombre bajo esta modalidad y disposición de la familia? Sencillamente se pone como una más en la cadena de los humillados y sometidos a la tradición que ha venido gobernando el mundo desde hace muchísimos siglos. En primera instancia ese padre de familia se convierte en el dueño del hogar, aunque en muchas ocasiones es la mujer la que toma el mando, pero le sucede

una situación similar a la de la mujer en tanto consume todas sus energías en tratar de formar esa familia modelo que se desea pueda ser encaminada perfectamente bajo los designios del hombre “la familia occidental se construye a partir del falo, resplandeciendo en torno a este eje prehistórico. El modelo naturalista y mecanicista proporciona las bases de la falocracia, indicando los modelos marcados: en la naturaleza, los animales se juntan en parejas, se reproducen, posteriormente aseguran las condiciones de la supervivencia y de la transmisión de su especie y de su progenitura. De ahí las figuras obligadas de la heterosexualidad, la monogamia, la fidelidad y la reproducción. Desde el punto de vista de los fieles a la *moralina*, fuera de la pareja macho-hembra y de la necesaria generación, triunfa el desorden”⁷

Por lo anterior, se hace evidente que la propuesta del libertinaje solar se convierte en una mera distracción, en el acabamiento de la libertad del individuo para gozar de su existencia en su totalidad y, para legitimar esto, volvemos al ejemplo de la mujer que se convierte en madre, ¿qué libertad tiene? Sólo se establece como mujer en el mundo cuando es capaz de alcanzar ese estado de plenitud como procreadora de nueva especie, pero evidentemente estará condenada al cuidado del otro, a las exigencias del otro y todos sus deseos y aspiraciones se convertirán en mundos imaginarios y carentes de realidad. Las realizaciones de cualquier persona no se pueden quedar meramente en el hecho de encontrar a alguien que nos otorgue estados de felicidad, ni que se pretenda poner en el punto más alto la descendencia, porque la vida también ofrece lugares, días, noches, juegos, cantos, éxtasis para admirar la magnanimidad de la vida, porque los sueños no se construyen con la imaginación, los sueños se construyen paso a paso con la realidad.

Los pitagóricos y los platónicos siempre observaron en la abeja el animal ideal que debe ser gobernado, lo que implica necesariamente una diferencia abismal entre las posibilidades que puede poseer el hombre y la mujer, porque según la tradición el hombre es el encargado de salir al mundo, es el emperador del afuera, pero

⁷ *Ibíd.* P.167-168

indudablemente deberá volver a su estado de encierro para encontrarse con su par, con su igual que está completamente absorbida y dominada por la obediencia, condición natural de su habitar en el mundo. Ese encierro no le permite establecerse a la mujer como individuo erotizado, como cuerpo enamorado, es el dejarse llevar por las palabras del otro, por las acciones del otro, por el juego y las caricias que producen sensaciones voluptuosas, evidentemente, pero que engendran una realidad del dejarse hacer para procrear y extender la especie. Son enamoradas pero no enamoran, son erotizadas pero no erotizan, son excitadas pero no se excitan para sí mismas porque su único deseo ya ha sido saciado una y mil veces, sus sueños han sido cumplidos, sus expectativas vitales ya han sido preestablecidas por la designación divina. La que rompa con el designio será castigada, maltratada y ultrajada, por lo tanto es el momento de acceder a la opción del libertinaje solar donde cada cuerpo, cada piel, cada carne pueda existir como máquina deseante y gozosa.

La época en la que nos encontramos inmersos ahora, la posmodernidad, nos indica de manera visible la cuestión de que vivimos de una forma acelerada, rápida, sin posibilidades de una reflexión acerca de lo que somos como seres humanos. Por ello, es muy común encontrar las respuestas de cajón que salen a la luz en cada momento como por ejemplo que somos una sociedad enferma, esquizofrénica, que continua en la irrenunciable búsqueda de sus comodidades, del éxito que provee quizás un reconocimiento y hacer parte del grupo de los que sueñan con ser “alguien” en la vida, y no de esas personas que se encuentran puestas en la categoría de los comúnmente llamados “perdidos en el camino”, aquellos que han visto sus oportunidades acabadas, extraviadas, o que inclusive no las han tenido, por estar pensando en que Dios los ayudará y que simplemente de ese ser superior saldrá todo bien, y si sale mal, pues la respuesta que se encontrará es que los designios de Dios son así...

Esto obedece al enorme mal que ha provocado la idea de Dios en las conciencias de los hombres, porque es ese ser superior el que se encarga de todo lo que acontece en el mundo, del destino que se ha marcado enteramente para la

humanidad. La gente pronto se olvida de que es un ser humano y que de alguna u otra manera es libre para conocer las enormes posibilidades que la existencia le está ofreciendo, pero su conciencia está cargada de tanta culpa que muchas veces no es capaz de lanzarse al abismo, de arriesgarse por las cosas que alguna vez se ha preguntado, por experimentar y cuestionar lo otro, o lo que han dicho los otros. En muchas ocasiones nos quedamos de brazos cruzados esperando a que los días, las tardes y las noches pasen sin cesar, como si nada ocurriera, como si fuésemos meras máquinas que estamos construidas para las grandes ideas que tiene el Dios de los cielos, dueño y señor de la tierra. Si somos arrebatados por nuestra inquietud, por nuestro deseo de encontrar la luz, que a su vez nos permita encontrar la verdad, si es que ella existe claro está, podemos ser castigados por haber desobedecido la ley divina que impide no preguntar nada acerca de lo que ya está establecido en el mundo.

Una de las tesis que quiere demostrar aquí Michel Onfray es el sentimiento de culpa que ha acompañado al hombre a lo largo del camino, y al mismo tiempo, de ese sentimiento de culpa que ha acompañado al hombre para pensar de formas diferentes, muchas veces desde el contexto que se establecía al estar viviendo una época determinada y no pensar desde lo que pretendía la razón, sino desde lo que demandaba la creencia. ¿Qué hubiese pasado entonces con esos miles de hombres grandiosos y geniales que tuvo la edad media, que poseían el conocimiento absoluto para ellos sino hubiesen estado permeados por su época teocéntrica donde Dios el omnipotente era absolutamente TODO? Es muy probable que esa época se hubiese llamado de avance y no como lo ha señalado la historia, de oscurantismo, de tener que pensar de manera libre y diferente pero por debajo, de manera anónima y escondida para no ser señalados como hijos del infierno, o estar en contra de los designios del padre eterno. Relacionar todo nuestro descubrimiento de la vida y del mundo a lo que se vislumbra más allá de nosotros mismos es encontrarnos en un estado de completa parálisis, de tener los ojos vendados y una camisa de fuerza que no nos deja movernos con plena libertad de acción para ponerle un sello a nuestra existencia y vivir en la memoria de pocos hombres.

El mundo debería ser el lugar de encuentro y regocijo para los que aprecian la vida, desde sus cosas más ínfimas, hasta sus lugares más maravillosos y sorprendentes; por eso es necesario que nuestros sentidos se conviertan en el motor de nuestro cuerpo para que lo guíe y le permita apreciar y captar la dulce mirada de una mujer que camina a nuestro lado, la luz del sol para que pueda irradiar y modificar nuestros pensamientos más oscuros, el roce de nuestro cuerpo con un manantial para que refresque estas manos que escriben cada letra, cada palabra, cada línea como si fuera el comienzo de una aventura existencial que produce en el pensamiento un éxtasis de locura escritural, como si tuviese todo el tiempo para escribir, para gozar, para disfrutar.

En este momento en que escribo estas líneas me dejó llevar por el canto de los pájaros que saltan de una rama a otra; los observo, los contemplo por un instante y siento en su melodía algo que me transmite un deseo de continuar escribiendo hasta que mis ojos y mi pensamiento se apaguen por completo, hasta cuando la creación y re-creación del mundo que deseo evocar a través de estas palabras se fundan en un sentido vital, bajo la sensación verdadera de que mi cuerpo me está permitiendo hacer todo ello, sin convertirse en un medio que me llevará irremediamente hacia la vida eterna, esa que estamos esperando desde que nacimos.

Para qué entonces tratar de buscarle un sentido a nuestra existencia si ya ha sido diseñado y determinado por Dios, ese sentido que está íntimamente ligado a la idea de volver a su diestra, a su seno protector. Pareciera que esta vida que llevamos se parece más a una carga que tenemos en nuestros hombros, y a su vez, como el hecho de haber escapado de la manera más vil del jardín de las delicias que nos había preparado Dios para que disfrutáramos todos en ese paraíso eterno. Por ello cada paso, cada acción está siendo vigilada por los ojos del Padre eterno, único juez de nuestra existencia. Hemos salido del lugar donde lo teníamos todo, donde nuestras comodidades estaban puestas a nuestro servicio y nada se necesitaba. Estábamos saciados, plenos, ¿Por qué entonces salirnos de esa burbuja perfecta llamada Edén? Porque a pesar de que evidentemente

contábamos con todo lo que se nos podía ofrecer, nosotros estábamos también completamente ciegos, porque en ese jardín se había promulgado la idea de la fidelidad, de la vergüenza con nuestra sexualidad, y por ende, con nuestra genitalidad, tal y como lo corrobora el filósofo francés Michel Foucault haciendo alusión a una explicación de San Agustín “Adán se alzó contra Dios cometiendo el primer pecado. Intentó sustraerse a la voluntad de Dios y adquirir una voluntad autónoma, desconsiderando el hecho de que la existencia de su propia voluntad dependía por completo de la voluntad de Dios. En castigo por esta rebelión y como consecuencia de de este deseo de una voluntad independiente de la de Dios, Adán perdió el dominio de sí mismo.[...] El célebre gesto de Adán cubriendo su sexo con una hoja de higuera se explica, según San Agustín, no por el simple hecho de que Adán tuviera vergüenza de su presencia, sino por el de que sus partes se excitaban sin su consentimiento. El sexo en erección es la imagen del hombre rebelado contra Dios. La arrogancia del sexo es el castigo y la consecuencia de la arrogancia del hombre. El sexo incontrolado del hombre es a imagen de lo que Adán fue a los ojos de Dios: un rebelde”⁸.

Controlar los deseos, las erecciones, los impulsos sería ir en contra de lo que somos como seres humanos, porque es evidente que las sensaciones se manifiestan primero que la razón y el control, en tanto lo primero es instantáneo, inmediato, mientras la razón necesita de algunos segundos para sopesar su actuación. Por consiguiente, también se hace esencial remitirnos a la idea de que en ese lugar en el que Adán se convierte en un pecador, una de las cosas que provoca el quiebre de la voluntad, o mejor, del sometimiento a condenarse el hombre a la voluntad de Dios, es el ansia y los deseos de saber por las cosas que están fuera del mundo perfecto. Empezar a preguntarse por lo que se encuentra allí, en la lontananza, a lo lejos de ese jardín excelso y maravilloso que ha creado ese ser superior. Es el punto de partida para que el hombre se aleje del aburrimiento de quedarse durante toda su eternidad en el mismo lugar y contemplando los mismos árboles, las mismas flores, los mismos animales, las

⁸ FOUCAULT, Michel. Estética, ética y hermenéutica. Barcelona:Paidós.1999 p. 232-233

mismas fuentes cristalinas que adornan ese bello paisaje... será entonces el momento en el que hombre inicie su desobediencia y desate la ira de Dios, porque hemos de recordar que el hombre debido a su incapacidad es un ser insatisfecho, incompleto, por eso su deseo de expandirse, de caminar, de trasegar el sendero y hacer el suyo propio para llegar a esa utopía que toda la historia de la humanidad ha querido alcanzar: un estado de completud.

Ese estado de completud se asemeja perfectamente con la idea platónica de la mujer amada, del regreso a la casa, o mejor, al jardín del que fuimos separados en algún momento. Es la imagen de la perfección absoluta que nos pretende enseñar que ese alejarse de lo que es maravilloso es solamente el sufrimiento al que estamos condenados todos los que somos partícipes de esta tierra que muy pronto se acabará, tal vez por los designios de Dios manifestados en los terremotos, los temblores, las pestes, las tormentas, o quizás también por el mismo hombre que no ha sabido, y lo más seguro es que ya nunca lo sepa, que debe cuidar lo que se le presenta como más próximo, de la naturaleza como madre y generadora de los dones para nuestra subsistencia en la tierra, pero como ya hemos dicho en líneas anteriores, el hombre es un ser que no se satisface con nada y siempre quiere más y más.

Por ese mismo hecho de que el hombre tiene una inagotable y sorprendente capacidad para desear más de lo que pudiese tener, es muy probable que su estancia en el jardín del Edén se hubiese presentado como perturbable y fastuosa, en razón a la convivencia con una sola mujer, que según las sagradas escrituras fue más hábil que el hombre, al dejarse tentar y convertirse en la llave que abriera las puertas al conocimiento de la humanidad. Eva se convierte entonces en una especie de Prometeo en versión femenina que quiere el conocimiento para todos los que habitan el planeta tierra, no como alguien que roba una antorcha de fuego, sino como alguien que se deja tentar, o en otras palabras, que se deja llevar por su inconmensurable inquietud para empezar a labrar desde su inteligencia y autonomía el camino que le permita acercarse a las otras cosas que han sido

diseñadas por el Dios perfecto que gobierna nuestros corazones y nuestra voluntad a través de la culpa y el pecado.

¿Será que Dios nunca tuvo como previsión la idea de que nosotros pudiéramos sentir la mínima sensación de aburrimiento, de que nuestro cuerpo está cargado de un sinnúmero de sensaciones que a veces nos obliga a cometer acciones desde el deseo para quedar siquiera un instante satisfechos? Como se ha venido reiterando con frecuencia, el cuerpo es lo que nosotros poseemos por excelencia, y quitarle sus potencialidades, no acudir al hecho de ser partícipes del goce y de la experiencia máxima que puede representar esa máquina deseante sería ir en contra de nuestra propia naturaleza y devolvernos a la idea de que poseemos un cuerpo que se limita simple y llanamente a tratar de apaciguar sus necesidades básicas como comer y dormir, o en otra medida, a disfrutar de los placeres de una manera prudente, siguiendo la idea de Epicuro, el filósofo enfermo y frágil; pero evidentemente las velocidades vertiginosas a las que estamos sometidos no nos permite un tiempo para pensar en ello, para detenernos por un momento a disfrutar de las cosas simples y dulces de la existencia.

La idea de la finitud, del temor a la muerte, es la causa por la cual nuestra sensación de angustia se va acrecentando cada día más, y esto es lo que genera que no tengamos conciencia ni tiempo de que podemos apreciar la vida mientras estemos vivos, pues la grandiosa idea que ha vendido la religión en toda la historia y en todas las civilizaciones es la eternidad como posibilidad de que podamos encontrar allí nuestro lugar de apaciguamiento, de tranquilidad, de calma para que nuestra alma salga de la cárcel a la que ha sido condenada durante tanto tiempo. Es el alma la imagen viva de nuestro acercamiento con el padre eterno, que bajo su infinita bondad es capaz de perdonar todos nuestros pecados y quedar puros, limpios de toda falta y de todo sentimiento de culpa antes de encontrarnos con él y sentir su compañía por el resto de los días.

Lo que indique una solución para nuestros problemas de sufrimiento, desdicha, tristeza y amargura para esta existencia que en definitiva no tiene ningún remedio por el simple hecho de que nos vamos a morir, querámoslo o no, es el deseo de

seguir viviendo y sobre todo si es al lado del ser superior que nos ha creado con su incondicional amor de padre, que quiere todo lo bueno para nosotros pero que paradójicamente no quiere que sepamos lo que es el mundo en su totalidad sino en una pequeña parte. Es el ser superior que nos acompaña a todo lado pero al mismo tiempo es el ser que vigila constantemente cada movimiento, cada paso, cada acción. Somos seres tan frágiles y débiles, pobres de nosotros, que para llegar al lugar de la eternidad debemos arrepentirnos de todo lo malo que hayamos hecho durante nuestra permanencia en la tierra, pero si ese Dios es tan misericordioso ¿Por qué es necesario que nosotros nos arrepintamos de todos nuestros pecados? Debería más bien aceptarnos con todas nuestras fallas, nuestros errores, así como ha designado que nos amemos los unos a los otros, lo que implica aceptar los errores y las falencias de ese prójimo, pero evidentemente es necesario que nos sometamos a la idea de su poder infinito y nos arrepintamos antes de exhalar nuestro último suspiro como seres partícipes de este mundo para poder estar al lado de él, o si no, nos condenaremos al fuego eterno, al infierno que ha sido una invención para aumentar el miedo y ser simple y llanamente hombres buenos a pesar de las tentaciones de la vida banal y fútil.

El cuerpo hace parte de esa vida banal que está cargada de nimiedades, de cosas que son totalmente intrascendentes, pero al mismo tiempo, son necesarias para actuar en esta tierra que es la única posible, la que se ocupa del tiempo del aquí y del ahora. Lo que ha creado el cristianismo es la categorización de que el dolor y el sufrimiento son los valores supremos a los que se debe enfrentar el hombre en cada momento, por eso debe recorrer este valle de lágrimas que ofrece su única alternativa al final del camino, y no en medio de él. Es la prueba que debemos superar para encontrar el premio más grande, más magnánimo y especial que nos ha designado la existencia: estar ante los ojos de Dios, ante ese ser que ha creado todas las maravillas de las que estamos rodeados porque su poder es grandioso e infinito y nunca nos va a separar, aunque sigan existiendo las guerras y el hambre, por eso muchas veces su silencio se hace más largo y más grande que sus milagros, que sus manifestaciones. Su voz que aparentemente calma las desavenencias de nuestro existir no aparece cuando la oración se hace presente

en millones de personas que dedican su vida a pedirle, a implorarlo que mejore sus condiciones, su calidad como seres humanos, tan solo porque el cristianismo vendió la idea de que la más alta recompensa se encontrará en la otra vida, en el mundo suprasensible que fue creado por Platón para concatenar a las ideas y al alma como lo más puro, ¿pero mientras tanto qué sucede? Tratar de soportar este sendero que está construido de manera determinada y al que desafortunadamente no podemos encontrarle otra solución porque ya todo está hecho, ya todo está dicho, no hay nada nuevo bajo ese sol que nos alumbra cada mañana y del que podemos disfrutar día tras día, eso sí, cuando quiera aparecer en medio de la madrugada adornada por el renacer del canto de las aves y la contemplación máxima que nos ofrece la vida desde que podemos abrir los ojos y saber que tenemos otro día más para ser partícipes de la re-creación constante del mundo.

El cristianismo ha puesto nuestra mirada hacia abajo, es la religión que señala de manera constante nuestros malos actos, nuestros malos hábitos, la religión que pretende castigar nuestros deseos para que no se produzca un desequilibrio del mundo, un hedonismo y libertinaje voraz, pero eso sí, con la significación errada de lo que corresponde a este par de conceptos. La sociedad señala a los ateos, a los no creyentes, a los que se han desviado del camino de Dios el salvador porque no cumplen a cabalidad los mandamientos de la ley divina, aunque lo único que hacen esos mandamientos es enclaustrar a los hombres a comportarse de una sola manera. El cristianismo al parecer es la religión que lo permite todo porque siempre habrá el perdón de Dios. No importa lo que hagamos, lo que digamos, lo que pensemos, todo puede ser perdonado gracias a la inconmensurable misericordia del omnipotente.

No seguir los caminos de él, de Dios, ni las enseñanzas que nos ha legado por intermedio de su hijo Jesús, también es una opción para formar parte del mundo a través de la alternativa por la creencia en sí mismo, en ser el dueño y creador del camino para poder trazarlo a cabalidad, con conciencia, y no dependiendo de la mirada subyugadora que se ejerce desde los cielos. Solamente nuestra capacidad de develar el mundo en su infinito devenir debe ser el acompañante perfecto para

dejar las huellas y diseñar cada paso, cada gesto, cada movimiento y no la opción por la renuncia al pensamiento autónomo y a la subjetividad que permite construir otras posibilidades existenciales.

Debemos ganarnos nuestra salvación agradando al Dios de los cielos y de la tierra para que al morir no poseamos nuestra alma en pena y divaguemos sin rumbo por el más allá, el paraíso celestial al que tenemos derecho por ser hijos y creación a la imagen y semejanza del más grande; pero la gran verdad es que somos domesticados una y otra vez por las leyes divinas, por eso hemos de renunciar a todo esto que nos hace seres humanos, carne corruptible, odiosa y frágil que sólo siembra en nuestro pensamiento los deseos y las apetencias más bajas y despreciables que pueda tener el hombre porque sólo el cristianismo permitirá el fluir constante de los cuerpos cuando se crea el contrato matrimonial como única posibilidad de deseo mutuo, de irrenunciable fidelidad, aquella que sólo es posible exclusivamente a través de la memoria.

La religión de nuestros abuelos y nuestros padres ha de demandar los ideales perpetuos de lo que debe ser la vida en su totalidad. En primera instancia la búsqueda, a veces incansable, de una mujer que se asemeje a nuestras características para que pueda compartir por el resto de sus días su vida con nosotros; alguien que tenga las capacidades para la vida en el hogar, que tenga la idea de formar una familia y crear una eternidad que se va gestando generación tras generación por intermedio de la descendencia infinita de nuestra especie humana, es la tan ansiada inmortalidad que se puede legar a través de los hijos porque antes de dejar de existir ellos se convierten en el centro y sentido de nuestras vidas. Sin ellos nada vale, nada existe, nada es porque todos nuestros esfuerzos y energías se concentran en que ellos sean lo que algún día nosotros quisimos ser y no fuimos por falta de oportunidades o por haber desaprovechado alguna oportunidad. Pretendemos entonces que ellos se conviertan en el ideal perfecto, en la imagen esperada y ansiada de nuestra vida para poder ir a descansar eternamente y en paz. Son nuestro orgullo y nuestro valor más grande. Son el trofeo que hemos alcanzado tras haber derramado sangre, sudor y

lágrimas por este valle angustioso y perecedero que hemos de padecerlo una y otra vez.

La familia y la pareja se establecen como el ideal irresoluto del cristianismo en su máxima expresión porque invitan a la unidad ideal donde se debe poner en práctica las enseñanzas que la religión nos ha dejado a través de los tiempos y que se consideran como el verdadero ideal a seguir por los siglos de los siglos. Nuestro único y último fin debe estar siempre en la pretensión de mantener la mirada hacia arriba, hacia el cielo desde el cual está aguardando nuestro Padre eterno con toda su sabiduría. El encuentro con él será el de mayor regocijo y felicidad porque nunca más volveremos a sufrir, a padecer; sólo volveremos a encontrar la mirada tierna y dulce de un ser que siempre nos ha amado desde que nacimos y nos ha ayudado en cada dificultad, que tuvo la grandeza de enviar a su hijo para que nos enseñara lo que es el camino correcto, la misericordia y el amor por los pobres y desahuciados de este mundo que carga cada día con todo el rencor y el odio por el otro.

Debemos ver en el prójimo nuestra propia identidad; el otro es el reflejo de nosotros mismos, por eso debemos ayudarlo, amarlo y apoyarlo en todo momento y brindarle nuestra mano para que se sostenga y siga construyendo su camino porque es imposible que alguien pueda llevar un sendero correcto si no es con la ayuda de los demás, pues la vida en comunidad es la que nos permite que se hagan las cosas con más eficacia; eso parece creer la religión opresora y castigadora que nos ha tocado padecer. El amor de Dios es tan grande que cubre con su manto todas nuestras cabezas y nos permite reunirnos como humanidad, como totalidad, como hombres y mujeres que deben seguir el mismo camino, el de la salvación eterna. Cualquiera que se separe de esa senda será la oveja negra que desobedece los preceptos de Dios y tendrá su fin en las llamas del fuego, en el infierno mismo. Pero para qué preocuparnos ahora si Dios nos da tiempo de cometer locuras, males a diestra y siniestra, correr los peligros más oscuros. Para qué suplicarle a Dios su ayuda si sé que él está conmigo, y si no está, pues simplemente es necesario que en el último instante me pueda arrepentir de toda la

vida que he llevado, de todos los pecados que haya cometido, porque así como la religión castiga los malos hábitos y las malas acciones, siempre habrá un Dios omnipotente que quiera perdonarnos por todos nuestros pecados y llevarnos a la vida eterna.

Para todo lo anterior, existe un antídoto que permite desaparecer todas las falsas ideas de que la familia es la perfección de la vida y los hijos la mayor bendición que se pueda esperar en la tierra. ¿Pero dónde quedan las aspiraciones del individuo?, ¿dónde se manifiestan los deseos del hombre que también quiere vivir su vida y no vivir la de los otros, por y para ellos? Alejarse de las pretensiones del cristianismo sería una buena medida en primera instancia y seguir como se ha dicho con anterioridad, las fortalezas existenciales del libertinaje solar a través del contrato hedonista que devela todas las potencialidades del cuerpo, para el buen provecho de los hombres y de las mujeres, para el goce perpetuo que se engendra cada día. Nada de superioridad de género, nada de ver a la mujer como lo más vil y despreciable cuando de acudir a sus deseos libidinales se trata, porque el libertinaje solar abre las puertas para que se establezca una sexualidad libre y sin opresiones, sin miradas señaladoras, sin juzgamientos morales que suscitan cualquier tipo de acusación que ponga al otro como lo más bajo y vergonzoso de la especie humana.

Tanto la abeja que encuentra en su colmena el refugio y el trabajo, así han sido y serán los hombres que encuentran en su hogar y en su labor la posibilidad de tener y ser, pero muchas veces han olvidado que también la vida vale la pena vivirla para disfrutarla y sentirla íntima a cada instante; porque no es solamente el hecho de ser padres abnegados, esposos modelo, trabajadores estrella lo que conforma la verdadera esencia y realidad del ser humano, también lo hace el hecho de salir de la rutina que absorbe todas nuestras energías, porque siempre debe existir un espacio para pensarse y repasar si la vida que se lleva es exactamente la que corresponde con las aspiraciones que se han tenido desde que éramos unos niños; si por las circunstancias y el devenir de los tiempos nos ha tocado estar aquí solamente porque Dios lo quiso y creyó que era lo mejor para

nosotros, es posible que sea el tiempo apropiado para cambiar esa mentalidad y disponernos con todas nuestras energías para aprovechar el tiempo, para hacer valer el aquí y el ahora que se asemeja como el único instante posible.

Lejos de las pretensiones cristianas, emerge la figura zoológica del erizo, aquel animal que representa a cabalidad las virtudes de la prudencia, de la protección y la previsión que implica mantenerse alejado de los otros y constituir una especie de distancia moderada para con los demás y así evitar el displacer, aquel que Epicuro nos recuerda constantemente para llegar a un punto alto de la virtuosidad hedonista. El erizo concatena a través de sus repliegues ensimismados una seguridad que sólo se conforma por él y para él, para evadir a toda costa las hipocresías, la doble moral, la mirada subyugadora y la ayuda del más allá. Nada de eso necesita el erizo para sentirse completamente vivo y partícipe del mundo, porque en su solipsismo, en su soledad encuentra todo lo que quiere, todo lo que pide.

Las cualidades del erizo abarcan con buena medida las características propias que se deben poseer en el terreno amoroso: la prevención y la defensa como fórmulas efectivas a la hora de instaurar un develamiento afectuoso y erótico que lo único que busca es la satisfacción, el regocijo, el goce, la pasión y todo lo que conlleve a disfrutar de nuestro cuerpo, de nuestra carne, de nuestra piel; pero al mismo tiempo, a saber prevenirse frente a los malestares que pueda provocar un apego constante, es allí el momento en el que hemos de confinarnos sobre nosotros mismos, sobre nuestra única seguridad individual. Por tanto, es muy apropiado acogernos al concepto de *eumetría* que plantea Michel Onfray, y del cual nos dirá lo siguiente “la fórmula topográfica de esta métrica ideal es la siguiente: suficiente proximidad para no caer en la promiscuidad, pero nada más -prestarse a veces, nunca entregarse-.El equilibrio se manifiesta en este lugar de donde se parte toda propuesta ética. Si está demasiado alejado, la misantropía acecha; si está demasiado próximo, la saturación amenaza [...] la *eumetría* supone instalarse a igual distancia del odio a la humanidad y del irenismo con respecto al

otro. Ni el recurso entero al desierto de los anacoretas y de los que renuncian, ni el exceso de las implicaciones frecuentes: el otro se consume con moderación”⁹.

Lo anterior es la prueba fehaciente de que ni estar muy lejos, pero tampoco estar muy cerca es lo más apropiado, sino entrar en el juego del ir y venir, como un péndulo tratando de divagar entre el querer y el no querer, como si se prefiriese la soltería absoluta, pero al mismo tiempo, como si se quisiese mantener un vínculo afectuoso hedonista que obedezca necesariamente a las múltiples lógicas del placer que conllevan a un libertinaje total. Sin embargo, esa concepción de la *eumetría* está cargada con la inscripción de un contrato en el que cada individuo acepte las condiciones a las que está sujeto, es decir, al lenguaje, a la palabra que ilustra desde el pensamiento los deseos más decididos y la apertura total a cumplir a cabalidad con las manifestaciones que pide su cuerpo. Es una ética que implica una lealtad en la palabra que se dice, siendo fiel y comprometido con ella, asumir el riesgo y las consecuencias de esa lúdica erótica es la parte más esencial para que ese contrato tenga validez y sentido, por eso pareciera ser un contrato exclusivo y al mismo tiempo, excluyente porque sólo permite la validez a partir de dos individuos que se reconozcan entre sí como seres ético-hedonistas por naturaleza para evitar consiguientemente situaciones vergonzosas. Contagiarse de placer y evitar bajo todas las modalidades el displacer, he ahí los puntos fundamentales de ese contrato hedonista que se aproxima al júbilo máximo de la existencia.

Cuando el hombre aprende a utilizar todo su potencial sensual y gozoso, es el momento en que es libre para poder actuar, imaginar y crear las situaciones diversas que se presentan cuando de disfrutar se trata. La conciencia se asemeja como a una máquina productora de variables que se encaminan hacia la consecución de una realidad que se vuelve impactante, deleitosa. Es el momento en que la sensación de obligación desaparece completamente, así como las coerciones y prohibiciones para utilizar nuestro cuerpo como punto culminante del júbilo sensual y sexual. Todo se desvanece sin dejar rastro alguno, porque es la

⁹ Op. Cit. P.196

palabra la que emerge como guía de ese camino en tanto solo se habla para recrear el momento, la acción, el hecho. Nada de inventar lugares donde nada ni nadie existe, nada de promesas que permiten desviar el sendero del pacto primero, nada de juegos de seducción donde prima el interés personal sin contar con la pasión mutua, porque toda nuestra vida ha sido idealizada y dibujada desde lo que puede ser algún día, desde lo que hay que luchar para alcanzar. Sólo lo que está en el espacio del presente se muestra como un paso más, un escalón más y nunca como un punto de llegada concreto.

El presente es vano, superfluo, lo único que importa es lo que se pueda proyectar hacia el futuro, hacia la conciencia que imagina el mejor mundo posible adornado por el respeto, la paz y el amor al prójimo. Cuántas ocasiones no hemos escuchado hablar del amor para toda la vida, de la fidelidad absoluta, de que solamente la muerte podrá separar lo más puro que es el vínculo matrimonial, pero sabemos también que el ser humano es tan endeble y débil, hasta el punto de que nunca podrá pensar, decir y hacer la misma cosa. Entra en un juego de máscaras que le permiten esconder su verdadera identidad. Un día es el hombre más amoroso y fiel que el mundo haya conocido, pero otro día podrá enorgullecerse, eso sí, desde su individualidad y oscuridad, del festín amatorio que tuvo como un perfecto Don Juan. El libertino que se ha propuesto en estas páginas obedece necesariamente al hombre que hace de la libertad de sí un momento para deleitarse, para dar y recibir placer una y otra vez, respetando la autonomía del otro, su independencia para que ese otro también pueda hacer lo mismo y no invada de ninguna manera el territorio íntimo que le pertenece al individuo libertino.

Este contrato hedonista es la afirmación de que es posible mirar la sexualidad desde otro punto de vista, no solamente desde la consabida apreciación cristiana que pone a nuestros cuerpos como viles y vergonzosos, sino con la posibilidad de acercarnos a vivir de una manera lúdica y jubilosa. Gozar y hacer gozar, es allí donde pareciera que se encontrara la felicidad, y no en la meta que determina todos nuestros actos buenos. La felicidad no es el punto de llegada, sino el

momento que nos permite la existencia para disfrutar la exaltación de nuestras sensaciones, donde el paraíso es real, donde Eva se acerca cada vez más con su imperiosa necesidad de conocer el cuerpo que posee, y de la misma manera, de disfrutar el cuerpo del otro que es partícipe de su mundo de libertinaje solar.

Con lo anterior, se ha enterrado de manera definitiva todo avizoramiento de monogamia, de fidelidad, de sentimiento único, de procreación con vistas a la perpetuación de la especie humana. La obligación a la que estábamos condenados por nuestra civilización y por la historia sagrada de nuestros padres se ha dejado a un lado para empezar a trazar nuestra historia libertina, con el propósito de aspirar a la conservación de nosotros mismos hasta cuando sea posible. El hedonismo ligero que acompaña las sensaciones más profundas ha emergido de una vez por todas como elección verdadera y vital en los corazones de quienes solamente contemplan la existencia desde este plano terrenal.

Si nos movemos a través de las profundas enseñanzas del cristianismo, más exactamente por la máxima capital del amor al prójimo, hacemos de nuestra existencia un descuido total en tanto es posible que la única emergencia que surja es la protección del otro, el cuidado del otro y no la preocupación por sí mismo. La otredad se ve representada dentro de la condición cristiana de la vida como fundamentalmente débil y desprotegida; por eso es necesario la presencia de un ser superior que nos indique las acciones más pertinentes que hemos de practicar para una vida engendrada por el amor al sumiso, al esclavo, al pordiosero, al desvalido, al pobre, o sino toda nuestra condición humana no habrá valido la pena.

Vivir para servir es una de las consignas que propagan el fuego de una vida leal y correcta, al estilo del salvador del mundo, un hombre bondadoso y misericordioso que nunca tuvo un momento para él, para su interioridad, porque quizás todo lo que podía haber encontrado en sí mismo lo halló en los otros. La fraternidad, la caridad, la honestidad, la ayuda al prójimo son las enseñanzas más apacibles que podríamos tomar; sin embargo, es imposible pensar que todos los individuos pretendan ser como quizás él lo fue. Sin tomar partido desde un carácter moral, el individuo no tiene la mentalidad para proteger a los otros, la mentalidad cristiana

ha abarcado tanto tiempo, tantos siglos que ha llegado el momento de una saturación, de plantear realmente que Dios no es ni el camino, ni la verdad, ni la vida. Sacrificarse por los otros a costa de la muerte puede pensarse como una muerte ética por excelencia, y que muy probablemente haya valido la pena después de tantos años. Una existencia que pretende ser seguida por muchos, pero que nos deja la sensación de un hombre que sufrió, que padeció, que encontró su lugar en el mundo a través de la mirada compasiva y misericordiosa, de sus milagros que desafortunadamente fueron pocos, que quiso entregar su cuerpo y su alma por el bien de la humanidad para que pudiéramos salvarnos todos, ese es el riesgo que impedirá conducir nuestro propio camino, solamente esperando que nuestra vida sea idéntica a la de él. Un hombre que murió hace más de dos mil años habrá que dejarlo realmente descansar en paz...

Bibliografía

EPICURO. (2005) Obras completas. Madrid: Cátedra.

FOUCAULT, Michel. (1999) Estética, ética y hermenéutica. Barcelona: Paidós.

----- (1991) Historia de la sexualidad: el uso de los placeres. Bogotá: Siglo XXI.

----- (1991) Historia de la sexualidad: La voluntad de saber. Bogotá: Siglo XXI.

----- (1991) Historia de la sexualidad: La inquietud de sí. Bogotá: Siglo XXI.

----- (1974) Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. México: Siglo XXI.

ONFRAY, Michel. (2010) Los Ultras de la Luces. Contrahistoria de la Filosofía IV. Barcelona: Anagrama.

----- (2009) Los Libertinos Barrocos. Contrahistoria de la Filosofía III. Barcelona: Anagrama.

----- (2007) Las sabidurías de la antigüedad. Contrahistoria de la filosofía I. Barcelona: Anagrama.

----- (2007) El Cristianismo Hedonista. Contrahistoria de la Filosofía II. Barcelona: Anagrama.

----- (2006) Tratado de ateología: física de la Metafísica. Barcelona: Anagrama.

----- (2002) Cinismos: retrato de los filósofos llamados 'Perros'. Buenos Aires: Paidós.

----- (2002) Teoría del cuerpo enamorado: por una erótica solar. Valencia: Pre-textos

----- (2000) La construcción de uno mismo: la moral estética. Buenos Aires: Perfil libros.

----- (1999) El deseo de ser un volcán: diario hedonista. Buenos Aires: Perfil libros.

----- (1999) Política del Rebelde: tratado de la resistencia y la insumisión. Buenos Aires: Perfil libros.